

EL FINAL FELIZ

La prepotencia de la televisión, que hay quien califica de irritación nacional, alguna ventaja había de traer. El comentarista puede coger un tema que se derive de sus programas, seguro de que escribir algo consabido por una inmensa mayoría de lectores. Por ejemplo, la película del otro día, «Travesía de París ».

Aun así, por respeto a la minoría, recordemos la historia sin derrochar palabras. En una noche parisiense de la ocupación, entablan conocimiento los dos personajes que con su antítesis esencial prestarán sustento al relato. Uno de ellos es, oficialmente, conductor de taxi. Pero no se atrevería a declararlo. Me acuerdo de Jorge Guillén, que a lo mejor va para Nobel con sus versos, y no se atreve nunca a inscribir en ningún papel su oficio de poeta, porque -dice él- «es tan improbable...». Ser taxista en el París de los primeros años cuarenta resultaba tan improbable como, ahora mismo, emplearse de viajante de rosarios en la China de Mao. O sea, un parado; luego candidato con muchas probabilidades a la avidez reclutadora del invasor. Sólo que los parados, ya se sabe, son a veces los que más trabajan. Este de nuestra historia se gana la vida -pero después de jugársela- trasvasando alimentos por las secretas y nocturnas arterias del mercado negro. En la noche de autos consigue la eventual ayuda del hombre que acaba de conocer en un «bistro». Este ayudante es fuerte. Hay algo en él como para desconfiar -su seguridad excesiva, su desenvoltura insolente-, pero también hay ocasiones en que la desconfianza es un lujo que uno no puede pagarse. De manera que se alían y marchan con sus grandes valijas, París adelante, acarreado la mítica riqueza de un cerdo descuartizado. Pronto se ve que lo que para uno -el ex taxista- es obligación, resulta devoción para el otro: un artista pintor, conocido, situado, que acepta aquel episodio para conocer de cerca y de verdad el mercado negro. La diferencia es importante, y queda bien reflejada en las respectivas actitudes. Hay que ver con qué coraje el artista pintor increpa a los pobres seres vulgares que se mueren de hambre por cobardía, y qué elegantemente indiferente el artista pintor para correr los riesgos, y qué generoso el artista pintor en saciar el apetito de los perros callejeros con buenos trozos del cerdo enmaletado... Cuando los dos hombres están a punto del «misión cumplida» llega a pillarlos una patrulla alemana, eso tan agradecido en el cine: pisadas rítmicas, modales aspérrimos; y, sobre todo, bárbaras voces que a uno le ponen los pelos de punta, seguramente por eso, por extranjeras a nuestro oído, y que parece que sólo tienen consonantes. Los dos socios son llevados a la comisaría de guardia; bueno, a una de esas «Kommandantur» que se instalan siempre en palacios con mucho rococó. Hay una espera tensa, compartida con el plural despojo humano

de una noche en la gran ciudad. Y cuando todo hacía esperar lo peor, el artista es reconocido por un alemán sensible. Aquél, que ya se ve a salvo, aboga gentilmente por el que le acompaña. Concedido.

-¿Y ya está?

-Un momento. En el último instante -la guerra es así-, con la noticia de que un coronel alemán ha sido abatido, sobreviene un cambio importante para los arrestados, para todos los que en aquella casa del absurdo esperan saber si los despacharán con indiferencia, o con dos tortas o con dos tiros. Cuando alguien se ha cargado a un coronel alemán, lo más probable es que con dos tiros. Todos los desdichados que pueblan la espera, sin discriminación alguna, por el hecho de ser franceses, son empujados a un camión cuyo viaje se adivina sin retorno. Gritos. Protestas. Desesperación. Ya en la situación límite, el artista -que es, por superior, el menos escandaloso- es rescatado del cargamento fatal por una orden que se adivina secretamente relacionada con la universalidad de la cultura. Pero ahora ya, en el momento terrible, no queda tiempo ni ocasión para evitar la paseata siniestra del infeliz, del simple, del poco complicado ex conductor de taxi. Pero no corramos demasiado. Conviene detenerse un poco en el final.

Leyendo una novela, contemplando una película o una obra de teatro, presenciando una faena taurina, incluso cuando se es testigo amistoso de la aventura de un artista frente a su lienzo, ¡cuántas veces nos gustaría decir: «corta, acaba, remata, ahora es tu oportunidad»! Y qué de veces prospera la obstinación en ir más allá. He oído decir que «Travesía de París» se aparta en algo de la novela de Marcel Aymé que le sirvió de base. Sospecho que será en el final. Yo, director, hubiera mandado poner la palabra «fin» sobre la trasera camuflada del camión que parte hacia una consumación que todos suponemos certísima, mientras el privilegiado se queda en tierra: horrorizado, pero a salvo. Era el final bueno -narrativamente-, el lógico, el redondo. Aunque, esto sí, amargo hasta la náusea. Y entonces el responsable de la película, que tiene que venderla, que debe consumir dos horas de los espectadores apretándoles el corazón pero sin rompérselo, entonces va y pone esa coda: pasa el mal sueño de la ocupación, pasan algunos años, y los protagonistas, cuando nadie lo espera, se reencuentran. El artista, viajero en un buen tren, ha visto blanquear su pelo discretamente, y conserva aquel mismo aire liberal, paternalmente interesado por los de abajo. El otro, su compañero de una noche crítica, ha envejecido mucho más, cuesta trabajo reconocerlo, y ahora ha descendido a maletero de estación, y no se dice por qué no es taxista, pero el espectador tampoco se hace la pregunta, tan gozoso está de que el pobre hombre no lo hayan fusilado los alemanes. Un modelo de «happy end», el final feliz que tanto tiene gustado en Hollywood.

Lo importante de «Travesía de París » está en que su vana prórroga hasta este final aparentemente rosa, con el que se contenta a los sensibles espectadores, ha sabido hacerse sin cambiar la inequívoca moraleja de la historia. En todo caso, es el fatalmente distinto camino de los que nacen martillos y los que mueren yunques. Aunque a veces parezcan compañeros de viaje. A mí me da mucho que pensar el que los elegidos por la inteligencia, la sensibilidad, el dinero o lo que sea, jueguen de vez en cuando a llevarles las maletas a los otros, por curiosidad, por asomarse a cualquier forma de mercado negro. Incluso cuando se hace con esa simpatía, con esa «bonhomie» tan francesa -ya se oye, en español bonhomía- que le va como un guante a Jean Gabin.

Antonio PEREIRA